

T. MACCIO PLAUTO

Asinaria o Comedia de los asnos

ACTORES

Prologuista (Director)
Pregonero
Líbano (esclavo de Deméneto)
Leónidas (esclavo de Deméneto)
Deméneto
Diábolo (marino, pretendiente de Filenia)
Cleéreta (Alcahueta)
Mercader
Filenia
Argiripo
Parásito de Diábolo
Artémona (esposa de Deméneto)

PRÓLOGO DEL DIRECTOR

Por favor, amable público, presten atención y que todo nos vaya a pedir de boca a los actores, la compañía y los empresarios. Pregonero, encárgate de que todos los que están ahí tengan los oídos bien abiertos. *(El pregonero se mete entre el público y comienza a incordiarles. Al cabo de un rato acude al Director para que le acaricie y le dé su chuchería)* Espero que le perdonen, es que se dio un golpe cuando era pequeño. *(Señalando a uno del público)* ¡Y tú, deja de urgarte las narices, leches, que esta es una obra seria! ¡Bueno, es una comedia, pero merecemos un respeto, hombre! En fin, ahora os diré por qué he subido aquí. Sólo he venido a deciros el título de la obra, y a exponeros brevemente el argumento. Se trata de una obra griega de Demófilo que en aquella lengua se titula *Onagós*. Plauto la ha vertido a lengua bárbara y, con vuestro permiso, o sin él, lleva como título *Asinaria*. El caso es que el joven Argiripo está enamorado de su vecina, la prostituta Filenia, a la que su madre, Cleéreta, tiene dominada por completo. El joven quiere tenerla en exclusiva, pero su madre está dispuesta a venderla al mejor postor. El precio: 20 minas, que, por supuesto, el joven enamorado no tiene ni soñando. Su padre, el anciano Deméneto, desea complacer a su hijo, pero el dinero de la casa lo controla su dominante esposa, Artémona, y el esclavo Sáurea, que se encarga de la administración de las finanzas. Ni el padre ni el hijo manejan un céntimo. ¿Cómo conseguirán los enamorados el dinero para estar juntos, antes de que el tontaina de Diábolo, un marino que pretende también a Filenia, se adelante y arruine su felicidad? La respuesta está detrás del telón. Que el dios Marte os sea favorable. *(Durante toda la explicación el pregonero remeda con mimos lo que dice el Director)*.

ACTO PRIMERO

I

LÍBANO.- ¡Júrame que me vas a decir toda la verdad, amo! ¡Que se muera tu querido hijo y viva mil años la que tanto aborreces, si me mientes!

DEMÉNETO.- ¿Qué es lo que quieres saber, caramba? Con un juramento tan potente no podré hacer otra cosa que decir la verdad.

LÍBANO.- Te lo ruego, ¡por Hércules! contesta en serio a lo que te pregunto y no me digas trolas.

DEMÉNETO.- ¿Quéeee? ¡Desembucha!

LÍBANO.- ¿Es que tienes intención de llevarme a ese terrible lugar donde las piedras rozan y desgastan las piedras?

DEMÉNETO.- ¿Pero de qué narices estás hablando? ¿De qué sitio me hablas? ¿Dónde se encuentra ese misterioso lugar?

LÍBANO.- ¿A cuál me voy a referir? Allá donde viven los infelices que día y noche muelen el trigo, en las islas Varapalarias y Hierrotintíneas. Donde los palos caen en sus espaldas sin descanso.

DEMÉNETO.- ¡Ahhh, ahora caigo! Te refieres a donde ...

LÍBANO.- ¡Nooo, no lo menciones siquiera! Te ruego que escupas las palabras que has dicho.

DEMÉNETO.- Bueno, si insistes.. (*escupe*)

LÍBANO.- ¡Halaaa, peazo escupitajo, abuelo!

DEMÉNETO.- ¿Quieres ver cómo echo otro? (*escupe otra vez*)

LÍBANO.- Bien, bien. ¡Por Hércules! te ruego que eches otro desde el fondo del garguero. ¡Otro más!

DEMÉNETO.- ¿Pero hasta cuándo?

LÍBANO.- Hasta la muerte.

DEMÉNETO.- ¡Cuidadito con lo que dices!

LÍBANO.- Me refiero hasta la muerte de tu mujer.

DEMÉNETO.- ¡Ah!, en ese caso quedas libre de cargos. Sin embargo, estoy enfadado contigo por no haberme dicho nada.

LÍBANO.- ¿Nada de qué? (*Aparte*) ¡Huyuyuy, no me gusta nada este asunto.

DEMÉNETO.- Me refiero a que no me dijiste nada de lo del asunto de mi hijo y de sus amores por esa putilla que vive aquí al lado, Filenia. ¿Es o no es como digo, Líbano?

LÍBANO.- Vas bien encaminado. Así es, en efecto. Pero se apoderó de él una terrible enfermedad.

DEMÉNETO.- ¿Enfermedad? ¿A qué enfermedad te refieres?

LÍBANO.- Se llama "ruinitis". Es decir, que no tiene dinero para acompañar a sus buenas palabras.

DEMÉNETO.- Pero bueno, ¿pero es que ahora eres tú el encargado de ayudar en sus amores a mi hijo?

LÍBANO.- ¡Bingo! Y también está metido en el ajo otro esclavo, Leónidas.

DEMÉNETO.- Hacéis bien, y contáis con mi bendición. Pero mi mujer, no sabéis cómo se las gasta, la clase de mala bestia que es.

LÍBANO.- Tardas tú más en decirlo que yo en creerte.

DEMÉNETO.- Si todos los padres hicieran como yo, Líbano, todos serían buenos y comprensivos con sus hijos. Así podríamos los padres y los hijos vivir en la camaradería y la complicidad. Eso es lo que yo pretendo: ganarme el afecto de los míos. Como mi padre, que se disfrazó de patrón de barco para arrancar de las garras de un traficante de esclavos a la mujer que yo amaba (que mejor que la hubiera dejado hundirse en el mar, todo sea dicho). Sin embargo, lo que cuenta es que a su edad no sintió vergüenza de hacer todas las maniobras para ganarse mi afecto. Y esa es la imagen que yo quiero que mi hijo tenga de mí. Por eso quiero ayudarle a conseguir una fuerte suma de dinero que necesita para ser feliz. Lo malo es que la tacaña de mi mujer no nos deja respirar y a saber de dónde voy a sacar las dichas 20 minas que precisa.

LÍBANO.- Lo malo es que además de tacaña, tiene a su lado a ese sádico, el administrador Sáurea, que a pesar de ser un esclavo se pasea por la casa como si fuese el dueño, mientras que tú

DEMÉNETO.- No me lo recuerdes. Con ese matrimonio vendí mi libertad. Por eso quiero haceros a ti y a Leónidas un encargo muy importante: conseguid las 20 minas lo antes posible para que se las pueda dar a mi hijo.

LÍBANO.- ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Y de dónde quieres que las saque? ¿Tú estás bien?

DEMÉNETO.- ¡Róbamelas a mí!

LÍBANO.- ¿A tiiii? Si no tienes ni para vino. ¡Menuda tontería! Me pides que le quite la ropa a uno que anda desnudo, ¿no te fastidia? Si lo poco que tienes es lo que le has podido choricear a tu mujer.

DEMÉNETO.- Estafa, rapiña cuanto puedas; a mí, a mi esposa, al esclavo Sáurea. Te prometo que no diré palabra.

LÍBANO.- ¡Sí, hombre! Me pides que pesque peces en el aire.

DEMÉNETO.- Maquinad algo los dos, inventad lo que sea, pero que mi hijo tenga el dinero hoy mismo.

LÍBANO.- Y en caso de que el enemigo nos pesque con las manos en la masa, ¿vendrás tú al rescate?

DEMÉNETO.- Te lo juro.

LÍBANO.- En ese caso, haré lo que pueda. Me iré al foro si no me necesitas más.

DEMÉNETO.- Ve y que tengas suerte. Pero, oye ...

LÍBANO.- ¿Qué?

DEMÉNETO.- Si te necesito, ¿dónde te puedo encontrar?

LÍBANO.- Donde me salga de los, que con este servicio me he ganado el derecho de ir a donde se me antoje.

DEMÉNETO.- Bueno, bueno, no te pongas así. Yo estaré toda la mañana con el prestamista.

LÍBANO.- Lo tendré presente. (*Se va*)

DEMÉNETO.- No creo que exista esclavo peor ni más listo que éste. Hay que tener un cuidado con él, como si manejaras una caja llena de escorpiones. Mas, si quieres que un asunto se resuelva como es debido, no tienes más que acudir a él. Seguro que una vez se ponga en marcha preferiría dejar que lo despellejasen vivo antes que dejar sin acabar sus planes. Estoy seguro de que mi hijo tendrá el dinero como que tengo en la mano este bastón (*se mira y se da cuenta de que ha olvidado traerlo*). Bueno, creo que lo mejor es que me marche al foro a ver al prestamista.

II

DIÁBOLO.- (*Saliendo de la casa de Cleéreta*) ¿Conque ésas tenemos? ¡Echarme a mí de la casa, a mí! ¿Así me pagas los servicios y los regalos? Eres mala con quien se ha portado bien contigo. Pero no te saldrá bien la jugada, que iré a la policía y pondré una denuncia. ¡Yo voy a ser tu ruina y la de tu hija, so falsas, mentirosas, ruina y perdición de la juventud! Todo el dinero que gané trabajando en el mar lo he gastado en vosotras, y este es el agradecimiento que encuentro. Pero de ahora en adelante os haré todo el mal que pueda. ¡Volveréis a vivir en la miseria, como antes de que me sacaseis los cuartos! Pensad en lo que fuisteis antes y lo que sois ahora. ¿A quién se lo debéis? A mí, a mí, que os he dado todo lo que tengo, ¡malditas! Antes llorabas de alegría si podíais roer un pan duro, y os arrastrabais dando las gracias por tal merced. Ahora que lo pasas mejor - gracias a mí - finges que no me conoces, ¡canalla! Yo te amansaré con el hambre, si no al tiempo. Tu hija no tiene culpa, que ella sólo cumple tus miserables órdenes, pues tú eres su madre y también su dueña. De ti me vengaré. A ti he de perderte, como te mereces. (*Al público*) ¡Ved la muy zorra! Ni siquiera sale por lo menos para calmar mi cólera... (*entonces sale Cleéreta*) ¡Anda, pues sí que ha salido la muy tramposa! Ahora podré despacharme a gusto y decirle a la cara lo que dentro no me han dejado decir.

III

CLEÉRETA.- Sigue hablando con esa mala leche, tú sigue, que tus palabras son oro puro para nosotros. Todo el mal que dices no hace sino probar que tu corazón lo ha clavado con una flecha Cupido en nuestra puerta. ¡Hala, vete de nuevo al mar, que cuanto más te alejes de la tierra más ganas tendrás de venir a comer de mi mano!

DIÁBOLO.- ¡Por Pólux! ¡Te juro que ya no veréis más a este marinero pagaros el tributo del puerto! Desde ahora os trataré como merecéis, pues me has echado de tu casa.

CLEÉRETA.- Nosotras sabemos por experiencia que esas cosas se dicen, pero luego no se hacen.

DIÁBOLO.- Sólo yo te saqué de la miseria y la oscuridad. No podrías pagarme ni aun dejándome que yo sea su único amante.

CLEÉRETA.- Serás su único amante si eres el único que me da siempre lo que pida. Conseguirás lo que quieras si aflojas la tela, eso es lo que hay.

DIÁBOLO.- ¿Y qué límite me pones a mis regalos? Porque según veo nunca vas a estar satisfecha. Acabas de recibir dinero y ya me estás pidiendo más.

CLEÉRETA.- ¿Y tú qué límite tienes con el sexo? ¿Es que nunca vas a estar satisfecho? Me la acabas de devolver y ya me la estás pidiendo otra vez.

DIÁBOLO.- Te di lo que se estipuló.

CLEÉRETA.- Y yo te di a la muchacha. Así que estamos en paz.

DIÁBOLO.- ¡Qué mal te portas conmigo!

CLEÉRETA.- ¿Por qué me criticas? Yo sólo cumplo con mi oficio. En ningún sitio encontrarás escrito que una alcahueta se haya portado bien nunca con nadie.

DIÁBOLO.- Por lo menos debiste haber tenido alguna consideración conmigo, para que te durase más.

CLEÉRETA.- ¡Mira éste! La que trata con miramientos a un amante, se está haciendo un flaco favor a sí misma. A la alcahueta le pasa con el amante como pasa con el pescado: no vale nada salvo que esté fresco. Entonces tiene sustancia y sabor y puedes guisarlo como se te apetezca. El amante fresco está deseoso de dar y de que le pidan siempre favores. Entonces es cuando se puede sacar de él una buena tajada. Su única idea es satisfacer a su amiga y a su gente, la alcahueta, los criados, las sirvientas. Hasta al perro de la casa le hace mimos para que cuando entre en la casa lo reciba moviendo la cola de contento. Lo que digo es la pura verdad, y lo sé porque soy profesional en esto.

DIÁBOLO.- Para mis desgracias he aprendido estas verdades.

CLEÉRETA.- ¡Claro! Si tuvieses algo que dar, de otro modo te trataría. Ahora, porque no te queda nada, pretendes tenerla con insultos y malos modos.

DIÁBOLO.- No es así como yo me comporto.

CLEÉRETA.- Ni yo me dedico a enviar a la chica gratis. Pero por respeto al pasado, te hago la siguiente propuesta: si me entregas dos talentos en monedas de plata, contantes y sonantes, por hacerte un favor, te la cederé esta noche.

DIÁBOLO.- ¿Y si no tengo los dos talentos?

CLEÉRETA.- Pues entonces ella estará en brazos de otro.

DIÁBOLO.- ¿Y qué hiciste con las cantidades que te entregué antes, malvada?

CLEÉRETA.- ¡Gastadas! Si todavía durasen, te enviaría a la chica y no te pediría nada a cambio. Pero el caso es que el día, el agua, el sol, la luna, todo esto es gratis y no me cuesta nada, pero cuando voy a la panadería por el pan, me piden que pague al contado riguroso. Y si voy al tabernero para que me dé vino, no me da la mercancía si no llevo el dinero. Nosotras aplicamos la misma norma: si no podemos comer, no podemos ... Y no digo más.

DIÁBOLO.- ¡Qué mal me hablas ahora que me has despojado de todo mi dinero! ¡Cuántos halagos y zalamerías me hacías cuando tenía la bolsa llena! Entonces hasta la casa parecía sonreírme cuando venía a verte. Siempre decías que yo era el único de los clientes al que apreciabas de veras. Cuando os traía un regalo, las dos estabais junto a mi boca como dos pichoncitas, y mis caprichos eran los vuestros. No os despegabais de mí, sino que hacíais lo que yo mandaba. Ahora os importa un comino lo que yo quiera, ¡perversas!

CLEÉRETA.- ¿Pero es que no te enteras, tonto del culo? Nuestro oficio es como el del pajarero. Escogemos el cebo, esparcimos el grano y así, poco a poco, los pájaros se acostumbran. Cuando ya se han habituado a comer gratis el grano, va el pajarero y recupera con creces la inversión. Lo mismo ocurre aquí: nuestra casa es el cebo, el pajarero soy yo, el grano es la chica, la cama el reclamo, y vosotros, los amantes, sois los pajaritos. Con nuestras zalamerías se acostumbran a venir, diciéndoles cosas dulces y besándolos con ternura. Si uno se atreve a tocar una tetita, eso no va en contra del

interés del pajarero, sino muy al contrario. Si le da por besar, entonces ya lo tenemos capturado sin necesidad de redes. ¡Mira que olvidar tú esto, que te has dedicado tantos años a estos juegos!

DIÁBOLO.- Tuya es la culpa, que expulsas a un discípulo a medio educar.

CLEÉRETA.- Vuelve sin miedo, cuando tengas dinero para pagar las lecciones. Ahora, ¡ahueca el ala! ¡Vamos, vamos, espabila pajarito! (*Hace gesto de meterse de nuevo en la casa*)

DIÁBOLO.- ¡Espera, espera! Dime, ¿cuánto debo pagarte para tener a Filenia este año en exclusiva para mí?

CLÉERETA.- Por ser tú, 20 minas. Y con esta condición: si otro las trae antes que tú, ¡bye, bye, pajarito!

DIÁBOLO.- Pues antes de que te retires tengo algo que decirte.

CLEÉRETA.- Di lo que quieras.

DIÁBOLO.- Todavía no estoy completamente arruinado, algo me queda para hundirme más. Sé dónde puedo obtener lo que me pides, mas pondré mis condiciones, para que te enteres. Ella tiene que estar todo el año a mi disposición, y ningún otro hombre puede verla.

CLEÉRETA.- Lo que tú digas, y si quieres mandaré castrar a los esclavos de la casa. Redacta tú mismo el contrato y lo firmamos, pero con una condición: que traigas el dinero. La puerta de la alcahueta es como la de los recaudadores: si hay dinero se abren, y si no, pues ya lo sabes. (*Entra en la casa*)

DIÁBOLO.- Estoy acabado si no doy con las 20 minas. En una palabra, estoy perdido si no pierdo ese dinero. Iré ahora al foro y usaré todos mis recursos para conseguir prestada la pasta. Suplicaré, mendigaré, molestaré a todos los amigos que me encuentre en el camino. Haré todas las cosas dignas e indignas que sea preciso. Y si no puedo reunir el dinero, lo pediré a crédito a los prestamistas.

ACTO SEGUNDO

I

LÍBANO.- ¡Por Hércules, Líbano! Ya es hora de que abras los ojos y que inventes algo para conseguir ese dinero. Hace mucho tiempo que te separaste del amo y marchaste al foro, donde no has hecho nada salvo dormir un rato. ¡Sacúdete la modorra, hombre, y aparta de ti esta pereza que no te conduce a nada! ¡Refúgiate en tu pícaro y antiguo talento! ¡Salva al amo y no hagas como los demás esclavos, que sólo piensan en tomarles el pelo a sus señores! Pero, ¿de dónde sacaré esta buena suma? ¿A quién enredaré en este asunto? ¡Anda, mira por dónde viene Leónidas! Parece que viene corriendo hacia aquí. ¡Huy, mal augurio tenemos, pues viene corriendo por la izquierda! Me esconderé para averiguar qué es lo que trama. *(Se esconde en un rincón de la escena)*

LEÓNIDAS.- *(Entra corriendo por la izquierda y no se da cuenta de la presencia de Líbano)* ¿Dónde podré encontrar a Líbano, o al hijo de mi dueño para que se pongan más contentos que la misma Alegría? ¡Qué gran botín y triunfo les traigo con mi llegada! Ya que son mis compañeros de juergas, quiero compartir también con ellos esta alegría.

LÍBANO.- *(Aparte)* Este tío ha entrado en una casa y la ha robado, no me cabe duda. ¡Ay del pobre que no cerró con llave su puerta!

LEÓNIDAS.- Aceptaría ser esclavo toda mi vida con tal de encontrar a Líbano.

LÍBANO.- *(Aparte)* ¡Por Hércules! Si de mí dependiera, serías esclavo toda la eternidad.

LEÓNIDAS.- Me dejaría incluso dar doscientos azotes.

LÍBANO.- *(Aparte)* ¡Ja, si pudiéramos contar los que ya lleva encima tu espalda!

LEÓNIDAS.- Porque, si no aprovecha esta oportunidad, nunca lo conseguirá. Ni montado en un carro de caballos blancos alcanzará la ocasión si la deja pasar. Dejará a su amo abandonado en pleno combate y por su culpa se crecerá el enemigo. En cambio, si la aprovecha, les haremos a los amos un servicio tan grande, que nunca más nos faltará de nada, y les podremos pedir en lo sucesivo cuanto queramos. Así estarán encadenados al agradecimiento por lo que hemos hecho por ellos.

LÍBANO.- *(Aparte)* ¡Huy, ha dicho “encadenados”! No me gusta nada la palabra, nada, nada. Este ha liado una de las suyas.

LEÓNIDAS.- Bien muerto estoy si no encuentro a Líbano, donde quiera que se encuentre.

LÍBANO.- *(Aparte)* Éste está buscando un compañero para su escarmiento. No me gustaría compartir los azotes de nadie.

LEÓNIDAS.- Pero menos palabras y más acción: ¡Líbanoooo, Líbanoooo! ¿Dónde porras estás? ¡Líbanooooo, Líbanoooo!

LÍBANIO.- ¡La madre que lo parió! Este tío va a poner en estado de alerta a todo el barrio.

LEÓNIDAS.- ¡Nada, que no contesta! Habrá cogido una pea. Pues nada, tendré que buscar en alguna parte protección para este botín que llevo.

LÍBANO.- (*Aparte*) ¿Botín? ¿Ha dicho “botín”? ¿Qué botín será ése? Iré a su encuentro para sonsacarle la información. (*Dirigiéndose a Leónidas*) ¡Salud, amigo Leónidas! ¿Qué te trae por aquí?

LEÓNIDAS.- ¡Hombre, por fin! ¡Salud, maestro de los azotes!

LÍBANO.- ¿Cómo estamos, carne de calabozo?

LEÓNIDAS.- ¡Muy bien, habitante de Cadenalandia!

LÍBANO.- Me alegro, oh deleite de las varas.

LEÓNIDAS.- Por cierto, ¿cuánto pesas desnudo?

LÍBANO.- Pues no lo sé.

LEÓNIDAS.- ¿Cómo vas a saberlo? Depende de la cantidad de hierro que lleves encima.

LÍBANO.- ¡Vete al infierno!

LEÓNIDAS.- Eso es lo que te espera cuando la palmes.

LÍBANO.- Bueno, haya paz. ¿Qué es lo que te trae por estos lares?

LEÓNIDAS.- Si quieres socorrer en sus amoríos al hijo del amo, tienes ahora una ocasión excepcional, aunque en torno al asunto flotan palos. Si sale mal, los verdugos se van a cansar las manos con nosotros. ¡Ahora es el momento en que debemos ser más astutos!

LÍBANO.- Ya me estaba extrañando el picor que estoy notando hace unas horas en las paletillas; empezaban a presagiar que estaban flotando en el aire palos para ellas. Pero anda, ¡desembucha!

LEÓNIDAS.- Se trata de un botín colosal, con una buena mano de garrotazos.

LÍBANO.- ¿Qué dices? Si hay que pagar con la espalda, estoy dispuesto a robar el tesoro público, que tengo unas costillas a prueba de hierro. Negaré y negaré hasta que los verdugos se cansen.

LEÓNIDAS.- En eso consiste precisamente el valor, en soportar valientemente el sufrimiento llegado el caso. Quien soporta con valentía lo malo, disfruta luego más de lo bueno.

LÍBANO.- ¿Por qué no me cuentas ya de una vez de qué va el asunto? Estoy ardiendo en deseos de ganarme mis buenos garrotazos.

LEÓNIDAS.- Espera que me recupere un poco de la carrera. ¿No ves que aún estoy jadeando?

LÍBANO.- ¡Vale! Si te parece esperaré hasta que te hayas muerto.

LEÓNIDAS.- ¿Dónde está el amo?

LÍBANO.- Si te refieres al mayor, está en el foro. El menor está ahí dentro. (*Señala la casa de Cleéreta*)

LEÓNIDAS.- No necesito nada más.

LÍBANO.- ¿Te has vuelto rico?

LEÓNIDAS.- Déjate de chistes malos.

LÍBANO.- ¡Venga, cuenta, que mis oídos están en ascuas!

LEÓNIDAS.- Vale, allá voy. ¿Recuerdas que nuestro administrador, Sáurea, vendió dos burros a un mercader de Pela?

LÍBANO.- Sí lo recuerdo, ¿y qué?

LEÓNIDAS.- Pues bien, ese hombre ha enviado aquí el dinero para que se lo entreguen a Sáurea. Hace un rato llegó de Pela un joven con el dinero.

LÍBANO.- ¿Que un joven de Pela viene con las pelotas de parte del mercader de Pela para pagar los burros pela-dos aquellos? Asunto peli-agudo.

LEÓNIDAS.- Y de pelí-cula.

LÍBANO.- ¿Te refieres a los asnos viejos, cojos, con las pezuñas gastadas que teníamos?

LEÓNIDAS. Sí; los mismos que traían del campo para ti las varas de olmo para pegarte.

LÍBANO.- ¡Ya caigo! Esos que te llevaron encadenado para trabajar en el campo.

LEÓNIDAS.- Tienes buena memoria. Pues bien, estaba yo sentado en la peluquería, cuando aquel hombre va y me pregunta si conozco a Deméneto. Le contesto al instante que le conozco muy bien y me presento como su esclavo. Por supuesto, me ofrezco a llevarlo hasta la casa.

LÍBANO.- ¿Y qué pasó después?

LEÓNIDAS.- Dice que trae al administrador Sáurea el dinero por los dos asnos: 20 minas. pero que él no conoce a ese hombre. En cambio, a nuestro amo, Deméneto, lo conoce perfectamente. Después de esto ...

LÍBANO.- ¿Qué? ¡Continúa!

LEÓNIDAS.- Si me interrumpes no te enterarás. Yo en seguida me doy aires de varón educado e importante y le digo que yo soy el administrador Sáurea, a lo que él me contesta: "¡Por Pólux! yo a Sáurea no lo conozco, ni sé qué cara tiene. No te lo tomes a mal, pero antes de entregar el dinero tengo que asegurarme. Como conozco a Deméneto, llévame ante él y te entregaré el dinero cuando él me confirme tu identidad." A esto respondo que no tengo problema y que iría en busca de mi amo, y que yo lo esperaré en

la casa. Así que vendrá hacia aquí después de ir un rato a los baños. ¿Qué crees que debe hacerse?

LÍBANO.- Eso es lo que estoy pensando, cómo quitarle el dinero al pardillo ese. Porque como llegue aquí y lo vea Sáurea, todo el asunto está perdido y nosotros haremos una visita al verdugo. Pero también iremos al verdugo si no conseguimos para el amo las 20 minas que necesita su hijo. Él prometió ayudarnos y cubrirnos las espaldas. ¡Ya está! Vete al foro a contarle el asunto al amo, que yo me encargaré de retener al del mercader. Tú te vuelves y te haces pasar por Sáurea. Entre los dos lo convenceremos para que suelte la tela.

LEÓNIDAS.- Haré como tú dices.

LÍBANO.- Y yo me esperaré a que aparezca el tipo.

LEÓNIDAS.- (*Se dispone a marcharse*) Por cierto...

LÍBANO.- ¿Qué pasa ahora?

LEÓNIDAS.- Si cuando yo sea Sáurea te doy un puñetazo en la cara, no me lo tengas en cuenta, ¿vale? Es que tengo que hacer que mi papel sea convincente.

LÍBANO.- Si tienes cojones, me tocas la cara, desgraciado. A ver si el cambio de nombre no te va a traer la ruina.

LEÓNIDAS.- Te ruego que lo soportes con resignación.

LÍBANO.- Tú haz la prueba, y verás mi resignación.

LEÓNIDAS.- Te lo digo porque es necesario que lo haga.

LÍBANO.- Y también será necesario que te responda.

LEÓNIDAS.- ¡Bah! Seguro que lo soportarás con paciencia. Ciao!

II

MERCADER.- *(con andares y gestos afeminados)* Tal y como me indicaron, ésta debe de ser la casa de Deméneto. Llamaré a la puerta ver si me atiende el administrador Sáurea. *(Se dispone a golpear la puerta, pero antes de que lo haga entra Líbano)*

LÍBANO.- ¡Eh, eh, eh, alto ahí! ¿Quién rompe nuestra puerta con esos porrazos? ¡Eh, para, te digo!

MERCADER.- ¿Pero estás loco? Si todavía no he tocado la puerta.

LÍBANO.- Ya, ya, pero pensaba que ibas a tocarla. No quiero yo que las puertas de mi casa, mis compañeras de esclavitud, sufran daño por maltrato. Yo soy muy amigo de nuestras cosas.

MERCADER.- ¡Por Pólux! No hay peligro de que se rompan las bisagras, no te preocupes por ello, si es que siempre actúas así. *(hace gestos de que Líbano está loco)*

LÍBANO.- No te preocupes, que ella misma ya se encarga. Lleva incorporado un chisme *(saca un móvil)* que me avisa cuando ve que se acerca un coceador de puertas. Pero, ¿Por qué vienes aquí? ¿Qué buscas?

MERCADER.- Vengo a ver a Deméneto.

LÍBANO.- Iré a ver si está dentro *(Entra en la casa)*.

MERCADER.- ¿Dónde está el portero? ¡Qué extraño es todo esto, por Hércules! ¡Qué esclavo más raro!

LÍBANO.- No está.

MERCADER.- ¿Y dónde ha ido?

LÍBANO.- Dijo que iba al peluquero.

MERCADER.- ¿Y no ha vuelto?

LÍBANO.- Todavía no. ¿Para qué lo querías?

MERCADER.- Si hubiera estado habría recibido 20 minas de plata.

LÍBANO.- ¿Y eso por qué?

MERCADER.- Vendió unos asnos a un mercader de Pela.

LÍBANO.- ¡Ah, ya! Y tú vienes a pagar la cuenta. No creo que tarde mucho en volver.

MERCADER.- ¿Oye, cómo es vuestro administrador Sáurea? ¿Qué aspecto tiene?

LÍBANO.- Es moreno, un poco bajo, con cara de poca vergüenza, ojos fieros y mucha mala leche.

MERCADER.- Un pintor no podría haberlo descrito mejor.

LÍBANO.- ¡Oh, oh, creo que lo veo acercándose hacia aquí meneando la cabeza con gesto de enfado! Creo que no saldrá ileso el que se le ponga enfrente y le lleve la contraria.

MERCADER.- Pues como se atreva a tocarme un solo pelo, juro que acabará azotado.

LEÓNIDAS.- (*hablando consigo mismo*) ¿Pero qué clase de negocio es éste en el que nadie tiene en cuenta mi palabra, cagoenlaostia? Había mandado a Líbano que viniera a la barbería y no ha venido. ¡Por Pólux! me parece que no siente ningún aprecio por sus piernas y su espalda.

MERCADER.- ¡Uyy, qué tío más dominante y mal encarado, por Júpiter!

LÍBANO.- ¡Ay de mí!

LEÓNIDAS.- Parece que aquí te tenemos que llamar a partir de ahora “liberto Líbano”. ¿Qué pasa, que ya has conseguido la libertad, que ya eres un hombre libre, o sólo eres un tonto del culo?

LÍBANO.- Te lo suplico ...

LEÓNIDAS.- ¡Por Hércules! ¿Por qué no viniste como te ordené, eh?

LÍBANO.- Éste me detuvo. (*señalando al mercader*)

LEÓNIDAS.- Aunque me digas que el propio Júpiter en persona te salió al paso y él te diese su protección, ni aun así escaparás al castigo, sinvergüenza. ¿Cómo te atreviste a despreciar mis órdenes, bribón?

LÍBANO.- (*al mercader*) Estoy perdido, forastero.

MERCADER.- ¡Por Hércules, Sáurea! Por favor, no quieras azotar a este pobre por culpa mía.

LEÓNIDAS.- ¡Tú a callar, cara rana! (*a Líbano otra vez*) ¡Ojalá tuviera ahora un pincho en la mano.....

MERCADER.- ¡Tranquilízate, por favor!

LEÓNIDAS.-con el que machacar tus costados! (*al mercader*) ¡Y tú quítate de en medio, que pueda machacar a este desgraciado que siempre me saca de mis casillas! ¡Ladrón, más que ladrón, que siempre tengo que repetirte mil veces mis instrucciones! ¡Y ya ni con gritos ni con golpes consigo que haga las cosas! ¿No te mandé acaso que quitaras el estiércol de la puerta? ¿No te dije que quitaras las telarañas de las columnas? ¿No tenías que haberles dado brillo a los clavos de las puertas? Nada de nada; todo está asqueroso, que me da vergüenza que alguien venga a visitar al amo. Siempre tengo que estar con el palo en la mano. Como si no tuviera nada que hacer el administrador de una casa como ésta. Tres días seguidos sin descanso llevo en el foro tratando de colocar el dinero de la casa a un buen interés, mientras los esclavos duermen aquí a pierna suelta, como si nadie mandara sobre ellos. ¡Toma tu paga! (*le da un tortazo*)

LÍBANO.- ¡Forastero, te lo suplico, defiéndeme!

MERCADER.- Te suplico que lo dejes ir, Sáurea.

LEÓNIDAS.- ¿Alguien ha traído el dinero del transporte que hicimos de aceite?

LÍBANO.- Sí, ya lo han traído.

LEÓNIDAS.- ¿Siiiií? ¿Y quién ha recogido el dinero?

LÍBANO.- Estico, tu propio esclavo.

LEÓNIDAS.- ¿Es eso cierto o me estás tomando el pelo para que no te pegue? Sabes que confío plenamente en Estico y que el corroborará o no tu versión. ¿Y qué hay de los vinos que vendí al tendero, recibió ya Estico el dinero?

LÍBANO.- Creo que sí, porque ayer estaban los dos tratando en la puerta del asunto.

LEÓNIDAS.- Eso está bien. ¿Y ya devolvió Dromón el préstamo que le hice?

LÍBANO.- Creo que sólo la mitad.

LEÓNIDAS.- ¿La mitad? ¿Y qué hay del resto?

LÍBANO.- Dijo que lo devolvería inmediatamente, cuando cobrara un trabajo que le habían encargado.

LEÓNIDAS.- ¿Y Filodamo? ¿Trajo ya de vuelta los vasos que le presté?

LÍBANO.- Todavía no.

LEÓNIDAS.- Desde luego que la confianza da asco. ¡Qué cara más dura tiene el tío!

MERCADER.- Este tío tan desabrido me tien harto, creo que me voy a ir por donde me he ido.

LÍBANO.- (*en voz baja a Leónidas*) ¡Oye, para el carro, que vas a espantar al pichón! ¿No oyes lo que está diciendo?

LEÓNIDAS.- Lo oigo. Ya me calmo.

MERCADER.- (*tras unos momentos de silencio*) Bueno, parece que al fin se cansó de berrear. Me parece que éste es ya el momento de hablarle. Lo aprovecharé antes de que se excite de nuevo. ¡Hola, Sáurea! ¿Me puedes atender un momento?

LEÓNIDAS.- ¡Ah, hola amigo! ¿Estabas aquí? No te había visto antes. Perdona, pero es que yo, cuando me pongo rojo de ira, no veo a mi alrededor. Por favor, no te lo tomes a mal.

MERCADER.- No pasa nada, amigo. Estaba buscando a Deméneto. ¿Ha vuelto ya a casa?

LEÓNIDAS.- Parece ser que no está dentro, pero no te preocupes, que me puedes entregar el dinero a mí y damos esta cuenta por saldada.

MERCADER.- Si no te importa, preferiría entregarlo en presencia de tu amo, Deméneto.

LÍBANO.- Es que éste conoce el amo y el amo a éste.

MERCADER.- Exacto. Y yo sólo pagaré si lo veo a él.

LÍBANO.- (*al mercader*) Dale, el dinero, por favor, bajo mi responsabilidad. Que el amo se cogerá un rebote tremendo si ve que no has confiado en su administrador, a quien él mismo confía ciegamente todos sus asuntos.

LEÓNIDAS.- No tienes que decir nada, que haga lo que quiera. Si se lo quiere quedar, que se lo quede y vuelva mañana. Por mí no hay problema.

LÍBANO.- ¡Dáselo, desgraciado! Cuando te vayas me va a azotar por creer que yo te he aconsejado que no te fies de él. No temas, ¡por Hércules! que el dinero estará seguro y en buenas manos.

MERCADER.- Creeré que lo está mientras esté en mis manos. Yo soy extranjero y no sé quién diablos es el tal Sáurea.

LÍBANO.- Pero si es éste, de carne y hueso. ¡Míralo, el que viste y calza!

MERCADER.- Que lo sea o no lo sea, no lo sé. Lo que sí sé es que no le daré una sola moneda a un hombre que no conozca.

LEÓNIDAS.- (*A Líbano*) Te he dicho que lo dejes. ¿No ves que está muy envalentonado porque tiene mis 20 minas? (*Al mercader*) Mira, canijo, te he dicho que te largues de aquí, que nadie va a recoger tus monedas. ¡Apártate de la casa! ¡Lárgate de aquí! ¡Deja de molestar!

MERCADER.- ¡Menos humos, esclavo! Alguien en tu posición no debe hablar en ese tono a un hombre libre como yo.

LEÓNIDAS.- Conque ésas tenemos, ¿eh? ¡Tú! (*dirigiéndose a Líbano*) ¡Háblale a este tipejo como se merece, vamos!

LÍBANO.- (*al mercader*) ¡Malvado insignificante! ¿No ves que se está poniendo de mala uva otra vez?

LEÓNIDAS.- ¡Más, más!

LÍBANO.- ¡Desgracia de hombre, dale el dinero a éste para que se calme!

MERCADER.- ¿Cómooooo? ¡Os estáis buscando la ruina!

LEÓNIDAS.- (*a Líbano*) ¡Por Hércules! Te parto las piernas si no le llamas "puto".

LÍBANO.- ¡Vamos, putito! ¡Date prisa! (*fingiendo lamentar lo que dice*) ¡Ay de mí, pobre desgraciado, estoy perdido!

MERCADER.- ¿Cómo es posible que estos dos rastreros esclavos me hablen como me hablan? ¡Os juro que no acabará el día antes de que estéis encadenados ante el verdugo! ¡Os denunciaré ante vuestro amo, ante la Justicia!

LEÓNIDAS.- Pues no iré.

MERCADER.- ¡Vaya si irás! Te vas a acordar.

LEÓNIDAS.- Me acordaré.

MERCADER.- ¡Por Pólux, que me daréis satisfacción con vuestras espaldas!

LEÓNIDAS.- ¿Qué dices, que encima quieres una satisfacción de nuestra parte?

MERCADER.- Y también por los insultos que me habéis dicho. Hoy seréis castigados.

LEÓNIDAS.- ¡Mira cómo tiemblo! ¿Qué te crees, que le tenemos miedo al amo? Si quieres, vamos al foro a verle.

MERCADER.- Por fin. Eso es lo que llevo un rato diciendo. No veréis una moneda sin que yo vea que vuestro amo está de acuerdo.

LEÓNIDAS.- O sea, que tú puedes hablarme mal a mí y yo no puedo hablarte mal a ti. Que yo sea esclavo no quiere decir que sea menos hombre que tú.

MERCADER.- Vale, lo que tú digas.

LEÓNIDAS.- Ven por aquí. Y entérate de una cosa: no hay nada que me ofenda más que desconfíen de mi palabra. Hasta el día de hoy ni una sola persona en Atenas me ha acusado de haberle hecho nada malo, ¡ni una! Soy la persona más digna de confianza de la ciudad, para que te enteres.

MERCADER.- Me parece muy bien, pero no hay modo de que me convenzas para que le entregue el dinero a un desconocido. El hombre es un lobo para el hombre, no un hombre, cuando no se conoce cómo es.

LEÓNIDAS.- Pues que sepas que aunque tengo la ropa rota y sucia, soy honrado, y mi riqueza no puede contarse.

EL MERCADER.- Puede.

LEÓNIDAS.- Incluso Perífanos, el rico mercader de Creta, me confió sin conocerme un talento de plata. Y hasta la fecha, oiga.

EL MERCADER.- Puede.

LEÓNIDAS.- Y si tú mismo le hubieras preguntado a la gente por mí, también me habrías confiado sin dudarle las miserables 20 minas que traes.

MERCADER.- No te digo que no.

ACTO TERCERO

I

CLEÉRETA.- (*Saliendo las dos de la casa*) ¡Nada! ¿Que no puedo yo amansarte con mis prohibiciones? ¿Tantos humos tienes que no admites la autoridad de una madre?

FILENIA.- ¿Cómo me pides que yo sea una hija modelo si me has obligado a ejercer esta profesión, madre?

CLEÉRETA.- Pero aun así, ¿crees que hay derecho a que te opongas a mis órdenes?

FILENIA.- ¿Y qué me importa?

CLEÉRETA.- ¿Crees que es decoroso que tires por el suelo la autoridad de tu madre?

FILENIA.- Tengo derecho a opinar sobre lo que me parece bien y lo que me parece mal, ¿no?

CLEÉRETA.- ¡Qué lengua más larga tienes, hija mía!

FILENIA.- Madre, así soy yo: la lengua pide, el cuerpo desea, el espíritu habla y las circunstancias aconsejan.

CLEÉRETA.- Encima me echas en cara las cosas. ¡Con todo lo que he hecho por ti!

FILENIA.- Madre, ni te acuso ni me parece bien hacerlo. Pero creo que tengo derecho a quejarme cuando me apartas de la persona que amo.

CLEÉRETA.- ¿Es que puedo meter cuchara cuando hablas, hija mía? ¡No paras todo el día, que si Argiripo por aquí, Argiripo por allá! ¡Me pones enferma!

FILENIA.- Bueno, pues habla tú sola, que como yo deje de remar en esta casa, se hunde el barco.

CLEÉRETA.- ¿Pero qué dices, desgraciada? ¿Desde cuándo te he prohibido yo dirigirle la palabra o tocar a ese tontaina, el hijo de Deméneto? ¿O hablarle o mirarlo? ¿Y qué es lo que te da él a cambio? ¿Qué nos aporta ese inútil? ¿Es que tú te alimentas con palabras vanas? ¿Los cariñitos son oro, son regalos las palabras cultas y refinadas? Eres tú la que siempre quieres estar con esa nulidad mientras apartas de tu lado a los que traen dinero contante y sonante. ¿Que te traen dinero?: los desprecias. ¿Que te dicen sólo palabras bonitas?: a esos los adoras. Yo es que no te entiendo, chiquilla. Te burlas de aquellos que te dan, y le das a quien se burla de ti. ¿Qué pasa, que porque te ha dicho que te va a hacer rica cuando muera su madre te vas a quedar esperándole? ¿No has pensado que a lo mejor nos moriremos nosotras antes de hambre esperando? ¡Quítate esos pájaros de la cabeza! Y escucha lo que te digo: si no trae ya las 20 minas que le he pedido, ¡puerta! He decidido que hoy será el último día que admito excusas. Quien quiera estar contigo, ¡dinero al canto!

FILENIA.- Madre, que si quieres que me quede sin comer, podré aguantarlo.

CLEÉRETA.- No te prohíbo que ames a los que dan para ser amados.

FILENIA.- Madre, ¿qué puedo hacer si Argiripo ocupa mi mente? Sólo pienso en él.

CLEÉRETA.- (*agacha la cabeza para enseñarle las canas*) ¡Mira, mira mi pelo! ¿Todavía me preguntas lo que debes hacer?

FILENIA.- También el pastor que cuida las ovejas ajenas tiene una pequeñita propia para darle consuelo. Por favor, no me prohíbas amar a Argiripo. Sin él no podría vivir.

CLEÉRETA.- (*la empuja hacia la casa*) ¡Anda, métete para dentro! Nunca vi una cosa más desvergonzada que ésta.

FILENIA.- (*llorando*) ¡Qué desgraciada soy!

II

LÍBANO.- A la Mala Fe con razón honramos, pues con nuestros engaños y astucias, confiando en el aguante de nuestras paletillas y seguros de nuestra valentía ante las varas de olmo, ante todas las legiones de hierros y aparatos de tormento, hemos puesto al enemigo en retirada.

LEÓNIDAS.- Eres un artista del engaño, ¡Por Pólux! Nadie sabe como yo los méritos de un truhán como tú. Como cuando estafaste a quien en ti puso su confianza, o cuando fuiste infiel al amo, y cuando juraste en falso con palabras solemnes, o cuando hiciste agujeros en las paredes, o las muchas veces que te cogieron robando, y cuando defendiste contra viento y marea tu inocencia colgado de los grilletes.

LÍBANO.- Reconozco que tienes razón en lo que dices, Leónidas. No soy malo en este oficio. Pero no me negarás los méritos de tus delitos: cómo a propósito fuiste infiel a quien juraste fidelidad, cómo te han sorprendido robando y los palos que recibiste por ello, las muchas veces que has avergonzado a tus dueños con tus malas acciones y tus perjurios, cuando te metiste a robar los objetos sagrados en el templo, o cuando dejaste agotados a ocho forzudos que se empleaban a fondo con tu espalda vara en mano. ¿Qué? No dirás que no he correspondido a los elogios de mi querido colega.

LEÓNIDAS.- Sí, muchas gracias. Estoy emocionado.

LÍBANO.- Bueno, dejemos eso ahora. ¿Tienes contigo las 20 minas?

LEÓNIDAS.- Acertaste. ¡Qué bien ha estado el viejo Deméneto! ¿Viste con qué habilidad simuló que yo era Sáurea? Apenas pude contener la risa cuando se enfadó con el mercader por no haber confiado en mí? Le decía: “¿Tú eres tonto o te lo haces? ¿No ves que éste es mi administrador? ¿Por qué me molestas con estas tonterías? ¡Dale el dinero y vete al infierno.” La cara que ponía era un poema. (*En ese momento salen Filenia y Argiripo de la casa de Cleéreta*)

LÍBANO.- ¡Espera!

LEÓNIDAS.- ¿Qué pasa?

LÍBANO.- ¿No es ésa Filenia que sale de la casa con Argiripo?

LEÓNIDAS.- Vaya si es él. Oigamos qué dicen.

LÍBANO.- Él llora y ella le retiene llorando por la túnica. ¿Qué significará esto?

LEÓNIDAS.- Callemos y escuchemos. (*se esconden*)

III

ARGIRIPO.- ¿Por qué me retienes?

FILENIA.- Porque, con lo mucho que te quiero, me quedo sin ti, que te marchas.

ARGIRIPO.- ¡Que te vaya bien! ¡Adiós!

FILENIA.- Bastante mejor estaría contigo aquí.

ARGIRIPO.- ¡Cuídate!

FILENIA.- Mandas que me cuide y te vas para que me ponga mala.

ARGIRIPO.- Tu madre me ha puesto de patitas en la calle y me ha mandado a mi casa.

FILENIA.- Si me quedo sin ti pronto va a celebrar mi funeral.

LÍBANO.- ¡Anda, que le han dado puerta a éste!

LEÓNIDAS.- Eso parece.

ARGIRIPO.- Déjame ir, te lo ruego.

FILENIA.- ¿Y a dónde irás ahora? ¿Por qué no te quedas un poco más?

ARGIRIPO.- Me quedaré esta noche, si lo deseas.

LÍBANO.- (*a Leónidas*) ¿Oyes qué generoso es para los trabajos nocturnos? Y parece tonto el tío.

ARGIRIPO.- ¡Adiós!

FILENIA.- ¿A dónde vas con tanta prisa?

ARGIRIPO.- Que te vaya bien. Ya nos veremos en la otra vida. Porque tan pronto como tenga ocasión dejaré de ver esta luz.

FILENIA.- ¿Y por qué deseas que me mate? No me lo merezco.

ARGIRIPO.- ¿Desear yo tu muerte? Si comprendiese que la vida te iba a faltar, te ofrecería con gusto la mía y la añadiría a la tuya.

FILENIA.- Entonces, ¿por qué me amenazas con matarte? ¿Qué crees que haría yo si supiera que te has quitado la vida? Lo que te hagas a ti yo me lo haré a mí misma.

ARGIRIPO.- ¡Oh, más dulce para mí que la dulce miel!

FILENIA.- Terroncito de miel.

ARGIRIPO.- Dulce de almíbar.

FILENIA.- Pastel de merengue.

ARGIRIPO.- Bomboncito de leche.

FILENIA.- ¡Vida mía, tómame en tus brazos!

ARGIRIPO.- ¡Con qué gusto te abrazo!

FILENIA.- Quisiera morirme así, en tus brazos.

LEÓNIDAS.- (*a Líbano*) ¡Ay Líbano, qué desgraciado es quien se enamora!

LÍBANO.- ¡Bah! Más desgraciado es el que está colgado por los pies.

LEÓNIDAS.- ¡Ea, vamos a rodearlos, tú por aquí y yo por allí, y hablémosles! (*a Argiripo*) ¡Salud, amo! ¿Es de humo la mujer que abrazas?

ARGIRIPO.- ¿De humo? ¿Por qué lo dices?

LEÓNIDAS.- Porque te veo los ojos llorosos, por eso.

ARGIRIPO.- Tengo malas noticias que daros: habéis perdido a vuestro futuro amo.

LEÓNIDAS.- Eso es imposible, porque yo nunca tuve amo.

LÍBANO.- ¡Hola, Filenia!

FILENIA.- ¡Que los dioses os den cuanto deseéis!

LÍBANO.- ¿Ah, sí? Pues entonces ve a la cama con una jarra de vino, eso es lo que deseo.

ARGIRIPO.- ¡Cuidado con lo que dices, canalla!

LÍBANO.- ¡Espera, hombre! Me refiero a que vaya, pero contigo, no conmigo.

ARGIRIPO.- ¡Ah, bueno, creía!

LÍBANO.- Si es para mí, lo que yo deseo es darle a ése (*por Leónidas*) una buena mano de palos.

LEÓNIDAS.- ¿Tú a mí, chimpancé esmirriado, darme de palos, que es tu alimento natural?

ARGIRIPO.- ¡Cuánto me gustaría estar en vuestro pellejo y tener vuestras preocupaciones! Porque aquí donde me veis, no pasaré de la media noche.

LÍBANO.- ¿Por qué lo dices?

ARGIRIPO.- Porque estoy enamorado de ésta y ella lo está de mí, pero no tengo para pagar por ella. Pese a mi amor, su madre me ha echado de su casa. Veinte minas de plata me han llevado al trance de la muerte, las veinte monedas que hoy se comprometió a pagar el joven Diábolo para que durante todo el año la vieja no admita en la casa a otro que a él. ¡Ved el poder de 20 minas! Quien las pierde, se salva, y yo, que no las pierdo, me pierdo.

LÍBANO.- ¿Ya ha pagado Diábolo ese dinero?

ARGIRIPO.- Todavía no.

LÍBANO.- ¡Entonces ánimo, no desespere!

LEÓNIDAS.- Ven aquí, Líbano, que quiero decirte una cosa.

LÍBANO.- *(se acerca y hablan entre sí)* ¿Qué pasa?

LEÓNIDAS.- ¿Quieres que le tomemos el pelo al hijo del amo?

LÍBANO.- Se lo merece, por bobo.

LEÓNIDAS.- ¿Quieres ver cómo Filenia me abraza delante de él?

LÍBANO.- ¡Me gustaría un montón, por Hércules!

LEÓNIDAS.- Entonces sígueme. *(Se acercan a la pareja, cada uno por un lado)*

ARGIRIPO.- ¿Habéis terminado ya vuestra reunión? ¿Hay alguna salvación para nosotros?

LEÓNIDAS.- ¡Oíd y prestad atención, y devorad mis palabras! Para empezar, no negamos que somos tus esclavos. Pero si te damos 20 minas de plata, ¿cómo nos llamarías?

ARGIRIPO.- Os llamaría libertos.

LEÓNIDAS.- ¿Sólo eso?

ARGIRIPO.- No, mejor patronos.

LEÓNIDAS.- *(sacando la bolsa con el dinero)* Pues bien; 20 minas hay en esta bolsa. Si quieres, te las doy.

ARGIRIPO.- ¡Ay, ay, ay, que los dioses te conserven para siempre buena salud! ¡Guardián de tu amo, honra de la casa, tesoro de riquezas, salvación del desventurado, mariscal del amor! Ponlo aquí, por favor. ¡Venid con papá, moneditas!

LEÓNIDAS.- ¡Espera un momento, espera! ¿Cómo voy a consentir que mi amo tenga que soportar tanto peso encima?

ARGIRIPO.- ¡No, si no me importa! Soy más fuerte de lo que parezco.

LEÓNIDAS.- Nada, nada, yo me encargaré del transporte. Tú ve delante sin llevar peso alguno.

ARGIRIPO.- Dime.

LEÓNIDAS.- ¿Qué?

ARGIRIPO.- ¿Por qué no te descargas de ese talego y lo pones aquí, sobre mi hombro?

LEÓNIDAS.- Bueno, vale. O mejor, dile a ésta (*señalando a Filenia*) que me lo ruegue, ya que el dinero está aquí por ella.

FILENIA.- (*acercándose a Leónidas*) ¡Ojito mío, rosita mía, alma mía, placer mío, Leonidín, dame esa bolsita, cariño! No querrás separar a un par de amantes, ¿no?

LEÓNIDAS.- Pues di que soy tu pajarito, tu gallina, tu codorniz; di que soy tu borreguito, tu cabritillo o tu ternero, cógeme por las orejitas; junta tus dulces labios a los míos.

ARGIRIPO.- ¿Que ella te bese, canalla?

LEÓNIDAS.- ¿Y qué hay de malo en ello? Ahora, por chulo, no conseguirás el dinero si no me das ahora mismo un masaje en las rodillas. ¡Vamos!

ARGIRIPO.- ¡A lo que se ve obligado a hacer uno! ¡Vayamos! (*se agacha y comienza a hacerle masajes*) Bueno, ¡ya está! ¿Me puedes dar por favor la bolsa?

FILENIA.- ¡Vamos, Leonidín, que te lo pido yo! Sé la salvación de tu amo enamorado. Gánate nuestro agradecimiento eterno.

LEÓNIDAS.- Así sí. Eres la amabilidad y la dulzura en persona, Filenia. Y si esta bolsa fuera mía, no me tendrías que rogar más: te la daría encantado. Pero resulta que no es mía, sino que le pertenece a este saco de palos, Líbano. Yo la tenía para guardársela. ¡Toma Líbano, te devuelvo tu bolsa con las veinte minas! (*le lanza el saco y le dice aparte*) Ahora es tu turno para que se haga la melosa.

LÍBANO.- No te preocupes, que sabré hacer bien mi parte.

ARGIRIPO.- (*A Filenia, refiriéndose a Líbano*) Ven, querida, acerquémonos a éste, que parece que es una buena persona y más sensato. ¡No como ese bandido!

LÍBANO.- ¡Bueno, bueno, buenoooo! Creo que alguien me va a suplicar algo a mí, ¿no os parece?

ARGIRIPO.- ¡Te lo ruego, por los dioses! Líbano, si con tus acciones deseas salvar a tu amo, dame esas veinte minas. Ya ves que estoy enamorado y sin blanca.

LÍBANO.- ¡Pues mira que me gustaría, eh! Pero tú vete a darte un paseíto, que va a ser ésta la que me lo pida.

FILENIA.- ¿Quieres que te lo pida diciéndote mimitos o besándote?

LÍBANO.- No sé, no sé. ¿Por qué no de las dos formas?

FILENIA.- ¡Sea! ¡Anda, sálvanos a los dos, porfi!

ARGIRIPO.- ¡Venga, querido amigo! No es propio que un liberto, ¿qué digo un liberto?, un patrono, vaya por la calle con tanto peso.

FILENIA.- ¡Venga, Libanito mío, pimpollito mío, pajarito de oro, regalo del Amor! Te lo pido, haré lo que me digas, pero dame ese dinero.

LÍBANO.- Pues entonces llámame patito, palomita, cuclillo, golondrina, gorrioncito lindo. Haz de mí un reptil para que tenga doble lengua, rodéame con el collar de tus brazos, cuélgate de mi cuello, haz que ...

ARGIRIPO.- ¡Ya basta! ¿Que ella te abrace, asesino?

LÍBANO.- ¿Qué pasa, que no me lo merezco? ¡Pues ahora vas a recibir tu castigo, por chulo! Si quieres esta bolsa, vas a tener que llevarme a cuestas. ¡Chúpate esa!

ARGIRIPO.- ¿Que yo te lleve a cuestas?

LÍBANO.- ¡SÍ! Y si no te quedas sin la plata. ¿Qué, sigues siendo tan valiente ahora?

ARGIRIPO.- (*Inclinándose para que se suba a su espalda*) ¡Desgraciado de mí, en buena me he metido! ¡Qué vergüenza que un amo tenga que llevar a su esclavo en su espalda!

LÍBANO.- ¡Quietooooo! ¿Qué te crees, que me voy a subir yo ahí arriba, en tu espalda, para que me caiga? ¡No señor, yo tengo que viajar en mi caballo como un gran rey! Ponte a cuatro patas, como cuando eras un niño, ¡vamos! (*Argiripo obedece*) ¡Así, niño bueno! (*Se sube encima*) ¡En marcha! ¡Arree, oop, vamos jamelgo! ¡Vaya birria de caballo que me han vendido, debería llevarlo al matadero, por lo menos algo darán por la carne!

ARGIRIPO.- ¡Menos guasa, bastardo!

LÍBANO.- ¿Quéee, el caballo se atreve a desafiar a su jinete! ¡No y no, ponte a relinchar!

ARGIRIPO.- ¡Maldita sea mi estampa! (*se pone a relinchar*).

LÍBANO.- ¡Venga, más deprisa, que si no te voy a acortar la ración!

ARGIRIPO.- ¡Te lo ruego, Líbano, déjalo ya!

LÍBANO.- ¿Ahora que le estoy cogiendo el gusto? ¡Ni hablar! Te llevaré al molino para que te aten y te hagan correr toda la tarde. ¡Jiaá, jiá, jamelgo!

ARGIRIPO.- (*Se incorpora de golpe y casi tira a Líbano*) ¡Bueno, ya se ha acabado la farsa. ¡Entrégame el dinero ahora o ..?

LÍBANO.- ¿O qué?

ARGIRIPO.- Ooooooo...

FILENIA.- ¡Venga, polluelito, danos de una vez el saquito!

LÍBANO.- Sí, pero tenéis que prometer que me levantaréis una estatua en el patio y sacrificar en mi honor un buey, porque yo soy el dios Salvación.

LEÓNIDAS.- ¡No, no, no, amo! ¡A mí, es a mí a quien tienes que hacerle una estatua, no a este chimpancé!

ARGIRIPO.- ¿Y tú qué dios eres?

LEÓNIDAS.- Yo soy el genio de la lámpara, que te concederá todos tus deseos. Por ejemplo, ¿cuál es el mayor deseo que quieres que te conceda?

ARGIRIPO.- ¿Yooo? Estar todo el año sin separarme de mi Filenia, y que nadie se interponga.

LEÓNIDAS.- ¡Concedido!

ARGIRIPO.- ¿Síii, y cómo?

LEÓNIDAS.- Pide tu deseo que el genio Leónidas de la India te lo hará realidad. ¡Voilà! *(sostiene la bolsa en alto y Argiripo se lanza sin contemplaciones a cogerla, pero Leónidas la retira)*. ¡No tan deprisa! Primero las condiciones. Escucha atentamente, Argiripo. Este saco contiene exactamente las 20 minas que necesitas para cumplir tu deseo. Lo hemos conseguido Líbano y yo engañando a un mercader que lo traía para Sáurea. Tu padre ha dispuesto todo el asunto para hacerte feliz, y desea hacerte la entrega, pero pone una importante condición.

ARGIRIPO.- ¿Condición? ¿Cuál?

LEÓNIDAS.- Que le permitas que sea él quien pase la primera noche con la chica.

ARGIRIPO.- Dile que venga. Aunque no me hace gracia, creo que se ha merecido estos favores por habernos salvado la vida. Gracias a él se vuelven a juntar nuestros corazones rotos.

LÍBANO.- Pero, Argiripo. ¿Soportarás que tu padre la abrace y la bese?

ARGIRIPO.- *(señalando la talega de sinero)* Esto hará que me sea más fácil soportarlo. Anda, ve y avisa a mi padre.

LEÓNIDAS.- Pero si hace ya un buen rato que está ahí dentro *(señalando la casa de Cleéreta)*.

ARGIRIPO.- ¡Anda! Pues por aquí no lo he visto pasar.

LEÓNIDAS.- ¡Claro, como que llegó a escondidas por la parte de atrás de la calle! Si te parece se iba a meter ahí por la puerta principal, para que se enterase tu madre. ¡Si ella se entera de cómo ha conseguido el dineroooo! (*los dos esclavos hacen un gesto de degüello*)

ARGIRIPO.- ¡Ay, no digáis palabras de mal agüero! (*escupe dos veces al suelo*)

LÍBANO.- ¡Venga, entrad rápido, antes de que alguien se entere de lo que está pasando aquí!

ARGIRIPO.- ¡Que os vaya bien!

LEÓNIDAS.- Y vosotros que os queráis bien.(Argiripo y Filenia entran en la casa de Cleéreta, mientras que los esclavos entran en la suya).

ACTO CUARTO

I

DIÁBOLO.- Vamos, vamos, vuelve a leer el contrato que hemos preparado con mi amada y esa vieja vívora, tú que eres un artista en esta clase de cosas.

PARÁSITO.- Te aseguro que se va a quedar “pasmá” cuando oiga las condiciones.

DIÁBOLO.- Pues, venga, no me hagas esperar, ¡por Hércules!

PARÁSITO.- ¡Escucha, escucha!

DIÁBOLO.- Te estoy escuchando.

PARÁSITO.- (*leyendo el documento*) “Diábolito, hijo de Glauco, ha entregado a la alcahueta, Cleéreta, la cantidad de 20 minas en monedas de plata, para que Filenia esté a su disposición, noche y día, durante este año...”

DIÁBOLO.- Y que no esté con nadie más, que eso quede muy claro.

PARÁSITO.- Pues lo añadido (*lo escribe*) Sigo. “No admitirá en su casa a ningún forastero, ya sea amigo o patrono. Aunque sea el mismísimo Júpiter en persona, la puerta permanecerá cerrada para todos, menos para tí. En la puerta se deberá poner el cartel de OCUPADA. Tampoco podrá haber papel o cera en la casa para que se pueda invitar por escrito a nadie. Tú y sólo tú serás el encargado de hacer las invitaciones, si es que te diera la gana, claro. Y si hubiera invitados, a niniguno podrá mirar a los ojos. Y si por accidente cruzara la vista con alguien, que al momento se quede ciega. Y, por supuesto, siempre deberá beber después de que tú bebas, no sea que se ponga *piripi* antes que tú.”

DIÁBOLO.- Este detalle me gusta bastante.

PARÁSITO.- “No debe dar lugar nunca a ninguna sospecha, de manera que no tocará a nadie ni se apoyará en nadie para levantarse. Tampoco podrá pasar su anillo a nadie ni dar a nadie los dados, sino que cuando ella los tire dirá siempre: por ti, cachorrito mío”

DIÁBOLO.- ¡Eso, eso!

PARÁSITO.- “Tampoco invocará a ningún dios, sólo a las diosas. Y si sintiera especial devoción por algún dios, tendrá que decírtelo a ti para que hagas las ofrendas en su lugar. Tampoco hará señales con la cabeza o con los ojos a otro hombre. Y si se va la luz, se quedará firme y quieta como una estatua”

DIÁBOLO.- Eres un artista redactando documentos, por los dioses. Aunque, pensándolo bien, lo último mejor que lo borres, no sea que cuando estemos en la cama no se mueva alegando que así lo estipula el contrato.

PARÁSITO.- ¡Caramba, en eso no había pensado! Pues nada, lo borro (*borra el artículo*). Ahora oye el resto.

DIÁBOLO.- Te escucho.

PARÁSITO.- “No diré palabras de doble sentido, y si le entra la tos, que no tosa así (*tose sacando la lengua*), para que no le saque la lengua a ningún hombre. Y si le sale moquillo por la nariz, que no haga así (*relamiéndose con la lengua*), sino que tú te encargarás personalmente de limpiarle el labio mojado, no sea que le mande sin que te des cuenta un beso a alguien. Y lo más importante, si alguna noche quisiera mantenerse pura porque le duele la cabeza u otra de esas excusas tan típicas de las mujeres, tendrá que devolver el doble de noches de las que haya perdido.” ¿Qué te parece?

DIÁBOLO.- Que es un contrato perfecto. ¡Vamos, entremos ya! (*Se dirigen ambos a la casa de Cleéreta*)

II

DIÁBOLO.- ¡Ven conmigo! ¿Cómo se atreve la muy furcia a echarme de la casa diciendo que otro ha pagado ya el dinero? ¡Que me fulminen los dioses si no voy con el cuento a la vieja Artémona! ¡Hoy se va a enterar de la clase de hijo y de esposo que tiene! ¿Y ese viejo que quiere aprovecharse para acostarse con mi Filenia después de haberle desvalijado el dinero a su esposa? ¡Antes me dejaría ahorcar que dejar que te salgas impunemente con la tuya!

PARÁSITO.- Deja que sea yo quien se lo descubra, no sea que piensa que todo lo haces por venganza. Deja el asunto en mis manos, que ya verás lo caro que les sale el asunto.

DIÁBOLO.- ¡Buena idea! Dile a la vieja que su hijo le ha quitado el dinero para dárselo a la prostituta de al lado, y que su maridito es el cerebro de toda la operación. Y no olvides contarle los planes del Don Juan de pacotilla éste que pretende pasar una noche de amores con la niña.

PARÁSITO.- Déjalo de mi cuenta.

DIÁBOLO.- Yo te espero en mi casa.

ACTO QUINTO

I

(En la casa de Cleéreta)

ARGIRIPO.- ¡Ea, acostémonos junto a la mesa, si te parece, padre!

DEMÉNETO.- Como tú gustes, hijo mío.

ARGIRIPO.- (a los esclavos) ¡Poned la mesa, muchachos!

DEMÉNETO.- (instalándose entre los dos amantes) No te molesta que esta chica esté junto a mí, ¿no hijo?

ARGIRIPO.- El amor filial que te tengo me hace soportar cualquier cosa, papuchi. Aunque mucho la quiero, creo poder soportar que esté en los brazos de mi papaíto.

DEMÉNETO.- ¡Qué suerte he tenido con un hijo tan respetuoso y bueno!

ARGIRIPO.- ¡Por Pólux, padre! Gracias a ti puedo hacer lo que hago.

DEMÉNETO.- Pues que empiece la fiesta. Mi mayor deseo es que mi hijo me quiera, no que me tema.

ARGIRIPO.- Y yo hago lo que puedo para corresponder como hijo.

DEMÉNETO.- Lo creeré cuando te vea alegre, no con esa cara.

ARGIRIPO.- ¿Qué cara, padre? ¿Piensas que estoy triste?

DEMÉNETO.- ¿Cómo no, si parece que te han citado ante el juez?

ARGIRIPO.- No digas eso.

DEMÉNETO.- Pues entonces no tengas esa cara.

ARGIRIPO.- ¡Mírame, ya río, je, je! (se esfuerza por reír)

DEMÉNETO.- ¡Déjalo, mejor estás serio que riendo!

ARGIRIPO.- Ya sé qué es lo que piensas padre. No es que no me alegre porque esté contigo. El caso es que estoy enamorado de ella, y si fuera otra mujer la que estuviera contigo, sería el hijo más feliz del mundo. Pero mi Filenia

DEMÉNETO.- Pero es que es ésta la que a mí me gusta.

ARGIRIPO.- Bueno, pues al menos tú ya tienes lo que quieres, porque lo que es yo ...

DEMÉNETO.- Aguanta sólo por hoy, que mañana será ya toda tuya, gracias a mi dinero, ¿no es cierto?

ARGIRIPO.- Y con ese dinero me encadenaste.

II

ARTÉMONA.- (*sale de su casa acompañada por el parásito*) A ver si lo he entendido. Dices que mi marido anda por ahí con putas y en compañía de mi hijo, ¿es eso lo que has dicho?

PARÁSITO.- Exacto, señora.

ARTÉMONA.- ¿Y que además le ha entregado a la alcahueta esas 20 minas que ha sacado fraudulentamente de la casa?

PARÁSITO.- No vuelvas a creer más una palabra mía si te he mentido en algo de esto.

ARTÉMONA.- Y yo, ¡tonta de mí! que creía que mi marido era el más honrado del mundo, sobrio, formal, honrado y amante de su esposa ...

PARÁSITO.- Sí, sobre todo eso, amante de su esposa. Pues ahora comprobarás que es el mayor de los golfos, un borracho, un perdido y el mejor cliente de este lupanar. Yo también lo consideraba antes como tú dices, pero con lo que he visto se me han caído los palos del sombrero. ¡Mira que emborracharse con una prostituta y encima corrompe a su propio hijo! ¡Qué tiempos, señora, qué tiempos!

ARTÉMONA.- No, pero si todo encaja. Ahora comprendo por qué todos los días cena fuera de casa. Que si me voy a la casa de Queréstrato, ahora a la de Cratino (¡el muy cretino!), a la de Dinias, a la de Demóstenes: ¡a casa de la muy perra es a donde iba, el muy golfo, corruptor de sus hijos, borracho, miserable!

PARÁSITO.- ¿Por qué no mandas a tus sirvientes para que lo saquen de ahí a rastras?

ARTÉMONA.- ¡Calla, que lo que yo voy a hacerle a ese ...! (*hace un gesto de retorcerle el pescuezo*) Mientras yo viva ése va a ser un desgraciado.

PARÁSITO.- (*aparte*) ¡Eso es seguro, al menos mientras viva contigo!

ARTÉMONA.- (*imitando burlonamente a su marido*) Me voy al Senado, con mis clientes. ¡Uy, que cansado estoy de trabajar! Y así se pasaba la noche roncando. ¿Cómo no iba a estar cansado el muy golfo? ¡Como que se iba de parranda con las golfas de Atenas! Arando estaba la finca ajena mientras dejaba la propia sin cultivar. Y no contento con ser un golfo, va y me corrompe al niño. ¡Yo es que lo mato!

PARÁSITO.- Tú sígueme por aquí para que lo pilles *in fraganti*.

ARTÉMONA.- Nada me gustaría más.

PARÁSITO.- (*se asoma por una ventana que hay en la fachada*) Dime, Artémona. Si vieses a tu marido acostado junto a la mesa, coronado de flores y abrazado a su amiga, ¿lo reconocerías?

ARTÉMONA.- ¿Cómo no?

PARÁSITO.- Pues entonces ven y échale una ojeada.

ARTÉMONA.- (*asomándose por el agujero*) ¡La madre que lo parió! ¡Yo lo mato!

PARÁSITO.- ¡Chsst! Guarda silencio para que podamos espiarlos bien. Vamos a observar qué es lo que hacen.

ARGIRIPO.- ¿Cuándo vas a dejar de darle abrazos, papi?

DEMÉNETO.- Esta chica me tiene completamente loco, loco...

PARÁSITO.- ¿Oyes lo que está diciendo?

ARTÉMONA.- Ya lo creo. Y le va a costar muy caro, ¡por Júpiter!

DEMÉNETO.- Mira, preciosa. Esta tarde mismo voy a robarle a mi esposa el vestido más bonito que tiene y te lo voy a traer para tí.

PARÁSITO.- Parece que este hombre no tiene práctica, ¿eh? Seguro que hoy es la primera vez que echa una cana al aire, ¿no te parece?

ARTÉMONA.- Entonces era él quien me robaba. Y yo que mandaba azotar a mis pobres esclavas pensando que eran ellas.

ARGIRIPO.- Padre, ordena que traigan el vino, que ya hace mucho rato que bebí.

DEMÉNETO.- ¡Esclavo, sirve el vino por la derecha, que ésta me da los besitos por la izquierda!

ARTÉMONA.- ¡Ay de mí, cómo la besa! ¡Y eso que ya tiene un pie en la tumba, el muy cochino!

DEMÉNETO.- ¡Esto sí que es oler bien, por Júpiter, y no la apestosa de mi mujer, que siempre huele a col podrida!

FILENIA.- ¿Qué pasa, que no le huele bien el aliento a tu mujer?

DEMÉNETO.- ¡Puajjj! Preferiría beberme el agua del retrete antes que darle un beso.

ARTÉMONA.- ¿Conque sí, eh? Pues cuando vuelvas a casa voy a estar besándote hasta que revientes.

FILENIA.- Entonces eres un hombre muy desgraciado, ¿no?

ARTÉMONA.- Eso es lo que se merece el muy cerdo.

ARGIRIPO.- Entonces, papá, ¿tú quieres o no quieres a mamá?

DEMÉNETO.- ¿Ahora mismo? Pues sí, claro que la quiero. Porque no está aquí.

ARGIRIPO.- ¿Y cuando la tienes delante?

DEMÉNETO.- Entonces prefiero que esté muerta.

PARÁSITO.- Por lo que parece, este hombre está enamorado de ti.

ARTÉMONA.- ¡Tú sí que vas a estar muerto, en cuanto te ponga las manos encima, canalla!

ARGIRIPO.- ¡Echa los dados padre, que luego nos toca a nosotros! Pide un deseo.

DEMÉNETO.- (*piensa un rato en el deso y tira los dados*) ¡Ya está! A ver, a ver, a ver... ¡La jugada de Venus! ¡Qué suerte, mi deseo se ha cumplido! En estos momentos tu madre debe de estar ya muerta. ¡Venga, esclavo, por esta jugada merezco un jarro grande de vino con miel!

ARTÉMONA.- ¡No puedo aguantarlo!

PARÁSITO.- ¡Vamos, primero sácale los ojos!

ARTÉMONA.- (*entrando a la fuerza en la casa de Cleéreta*) ¡Yo viviré, claro que viviré, pero sobre todo para hacerte pagar todo lo que me has hecho, aunque me cueste la vida, golfo, delincuente, maleante!

PARÁSITO.- (*al público, mientras Artémona le da una paliza a Deméneto*) Por favor, ¿hay alguien en la sala que pueda avisar al médico, o mejor, al enterrador?

ARGIRIPO.- ¡Hola, mami!

ARTÉMONA.- ¡Métete tus saludos donde te quepan!

PARÁSITO.- Ya que he formado el lío, más vale que me esfume. Iré a Diábolo para informarle de que su encargo ha sido cumplido exactamente, a ver si llego a tiempo para la cena, que creo que me he merecido una buena por este servicio.

ARTÉMONA.- (*a Filenia*) ¡Y tú, golfa!, ¿con qué derecho recibes en tu casa a mi marido?

FILENIA.- ¡A mí no me mire, señora! Que su esposo me da más bien asco.

ARTÉMONA.- ¡Y tú, Don Juan, levántate si puedes, que nos vamos a casa!

DEMÉNETO.- ¿Casa, qué casa? Yo no existo.

ARTÉMONA.- Ya lo creo que existes, para desgracia del mundo, pues eres el más miserable de cuantos respiran. ¡Levántate o te llevo a patadas!

DEMÉNETO.- ¡Ay la que me espera!

ARTÉMONA.- ¡En eso no te equivocas, aligera!

DEMÉNETO.- ¡Te lo ruego, esposa mía!

ARTÉMONA.- ¿Conque ahora te acuerdas de que soy tu esposa, la madre de tu hijo, aunque sea tan imbécil como éste?

DEMÉNETO.- Estoy muerto, de los pies a la cabeza.

ARTÉMONA.- ¿Qué, le apesta el aliento a tu mujer? (*le echa el aliento en la cara varias veces*)

DEMÉNETO.- (*tose*) ¡Qué va, qué va, si huele a rosas y mirra!

ARTÉMONA.- ¿Y me ibas a robar el vestido, no?

FILENIA.- (*a Deméneto*) ¡Es verdad! No te vayas a olvidar del vestido, pocholín.

DEMÉNETO.- ¡Calla, calla, por tu vida!

ARGIRIPO.- Yo, mamá, estaba tratando de aconsejarle que no lo hiciera.

ARTÉMONA.- Tú eres tonto y no tienes remedio, ¡qué hijo, dioses! (*a Deméneto*) ¡La culpa es tuya! Con tu ejemplo, ¿cómo iba yo a criar un hijo como mandan los dioses? ¡Que tenga que venir una esposa a sacar a su marido a rastras de una casa de putas!

DEMÉNETO.- ¿No podría quedarme sólo para tomar la cena? La carne se está enfriando.

ARTÉMONA.- ¡La cena te la voy a dar yo en casa! ¡Andando!

ARGIRIPO.- Ya te decía yo que no te portaras mal con mamá, papi.

FILENIA.- (*a Deméneto que se aleja con Artémona*) ¡No te vayas a olvidar lo del vestido!

ARGIRIPO.- ¡Ven aquí alma mía!

FILENIA.- Claro, mi pocholín.